



## **Décurso Pronunciado en la Distribuci3n de Diplomas a los Profesores y Empleados de Instrucci3n Pública, que Acompañaron al Primer Jefe a Veracruz**

El acto de reunirnos hoy para estrecharnos la mano y recordar días de lucha, es un acto francamente político. La amistad política es distinta de la amistad personal. La asociaci3n de los seres que actúan y viven dentro de las sociedades humanas, no se resuelve por cariñosas simpatías ni efectividades individuales. La solidaridad política es el resultado de una asociaci3n de intereses, es una obra de colaboraci3n, es un esfuerzo cooperativo. Todo lo personal, lo aislado, lo eg3latra, carece en los grandes impulsos colectivos de especial importancia. La amistad política dá consistencia, dá fuerza a un partido, y los partidos, no pueden mezclarse para gobernar, son esencialmente excluyentes porque cada uno representa un momento único en la Historia.

Maestras y Maestros: nos ha tocado servir de cerca con nuestra adhesi3n y nuestro entusiasmo a la Revoluci3n Social más intensa que ha sacudido a nuestra Patria; tuvo ésta, como todos los fenómenos de su género, un largo período de preparaci3n hecho con apostolados, con penalidades, con sacrificios, con la obra de tribunales

y publicistas hasta preñar la nube como al formarse las tempestades reúnense previamente las fuerzas eléctricas que, a su hora, estallarán.

Entonces la explosión, que es siempre el período más corto, por su propia violencia, y en seguida, la última etapa de las Revoluciones, la solución; esto es la posesión definitiva de los progresos conquistados.

Para que una Revolución triunfe, necesita primero de ideas, de movimiento después y, al fin, de solución. Los dos primeros períodos históricos han pasado. Nos encontramos en el último y vosotros que habéis contribuido tan eficazmente a la preparación por las ideas, os toca por derecho y os corresponde por deber, la definitiva orientación del triunfo.

No basta destruir un gobierno, es necesario saber sustituirlo y, si lo que pretendemos es que nuestros gobiernos presentes y futuros carezcan de las lacras radicalmente curadas de las pestilentes y gangrenosas llagas del pasado, será preciso que sepamos educar al ciudadano, que sepamos formar la democracia mexicana.

No podemos denominarnos democratas si no aceptamos los derechos inherentes al hombre y el sufragio inherente al ciudadano y la soberanía inherente a la Nación.

“La guerra se hace con las armas, el triunfo se obtiene por la razón y por las armas; pero la paz sólo se conquista por la justicia; los fusiles no imponen nunca sino la paz del terror que es silencio del despotismo. Se atribuyen múltiples razones económicas a nuestras luchas intestinas, en el fondo, ha habido una sola: LA INJUSTICIA, con su corte de opresores desde el cacique rural hasta el magnate urbano; nuestra gloria consisti-

rá en sustituir la equidad al capricho, dar forma a los procedimientos y eliminar todas las cadenas que mutilan las facultades humanas; son la libertad y la justicia las que reúnen el más grande concurso de voluntades; todo pueblo que goza de libertad es un pueblo tranquilo, la violencia y la foga son producto de las tiranías."

Eduquemos, por tanto, al pueblo para la democracia iniciando ya no la práctica sino el ejemplo; respetemos los derechos civiles y políticos sin los cuales se vive sin dignidad y se muere sin esperanza y buscando la armonía de todos los grandes y vitales intereses de la Patria, demos a ésta la base sólida de un futuro engrandecimiento.

El Constitucionalismo mantiene su promesa gloriosa de una nueva Constitución; aspiremos a que ella sea muy humana, muy clara, muy real, muy nuestra, a que ella responda a todas las interrogaciones ansiosas y satisfaga todos los intereses legítimos. Pensemos y realicemos la nueva Constitución; conquistemos la paz aplicando la energía común a la estabilidad nacional, en vez de relegarnos a las debilidades del individuo.

Fue don Venustiano Carranza combatido por un coro de murmuraciones, en los momentos en que sus esfuerzos dirigíanse a cosas de mayor aliento, cuando en la Heroica Veracruz recibió con un fuerte y expresivo apretón de manos a hombres y mujeres humildes que, de los escaños de la Escuela, corrían hacia él abandonando sus hogares, separándose de sus familias de sus costumbres, de sus hábitos y, marchando hacia lo desconocido, ellos, que conservaban el espíritu tímido y apocado de los vencidos, de los olvidados, de los últimos, que no tenían para aventuras bélicas ni la educación física ni el entusias-

mo militar y que por esto, apartándose de más intensas faenas, habían escogido la plácida y monótona tarea de enseñar; y todos los que estrecharon la mano del fuerte hidalgo y el sereno caudillo, desplegaron sus tiendas a la vera de la costa frente al mar inmenso y ante un cielo mudo y bajo un sol de fuego, se adhirieron con el fervoroso proselitismo de la convicción al partido Constitucionalista.

Y no discurremos que largo e inoportuno sería, sobre los servicios que aquellos educadores prestaron, aplicados a diversas labores y en el desempeño de variadas comisiones. El que tiene la honra de dirigiros la palabra, ha encontrado menos provechosa la ida de los maestros que útil y fecundo su regreso, porque ahora cuando han pasado las emociones de la lucha, cuando las angustias y las preocupaciones del combate no son sino un recuerdo, la Brigada de Instrucción Pública y Bellas Artes, completa en sus plazas sin cobardes deserciones, forma en el Distrito Federal al pie veterano del elemento civil y ahora, como entonces, se agrupará al toque del llamado para gritar: "Primer Jefe, estamos listos."

Se ha creído generalmente que, como hombre político, el Encargado de la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, fiel al partidarismo, anteponía siempre el interés de sus amigos a cualquier otro interés. Y bien, esto tiene su parte de verdad. Entre los hombres de preparación libresca y el hombre de impulso activo, yo acepto el último, y entre la dama remilgada y romántica, maestra de *budoir*, profesora de dorados camarines, yo prefiero la mujer humilde y fuerte, sana de cuerpo y de espíritu que, como las antiguas matronas, conser-

van dos grandes idealidades: el concepto del honor y el amor de la Patria.

Nosotros decimos al señor Carranza: "Cuando tenéis el mando supremo y la mayor fuerza, todos os ayudan por igual; pero si llegara más tarde el momento en el que fuese preciso probaros todavía mejor nuestra lealtad y nuestra adhesión, nos encontraréis los mismos. La convicción política no está depurada y firme sino cuando ha sufrido su calvario, ha cargado su cruz y ha resistido su crucifixión; porque cuando todos los riesgos hayan pasado, sobrarán quienes os repitan que vuestros compañeros de lucha, que vuestros partidarios fieles, ni somos los mejores, ni los más aptos, ni los más honrados; y cuando todos los partidarios del "*al día siguiente*", los que nada han sufrido por nuestra Causa, os hayan regado de flores el camino y nos hayan cubierto de oprobio, nosotros al final de la jornada, desfallecientes y sangrando, os gritaremos: "Primer Jefe, estamos listos."

Entre tanto el señor Carranza sabe que a los pueblos no se les convence con palabras sino con hechos y con una espontaneidad generosa, os ha extendido en Diplomas una Mención de Honor que será la condecoración preciosa para que la conservéis en la familiar tradición de vuestra casta liberal.

La amenaza de nuevos peligros y dificultades mayores continúa en pié; vosotros que habéis sabido cumplir como mexicanos en otros días, seguiréis siendo considerados como nuestros. A nombre del C. Carranza, os hago entrega de los Diplomas que acreditan vuestras virtudes cívicas. (Aplausos prolongados.)